

## EL RARO GONZALEZ RINCONES

**Luis Suardiaz**

Un nombre perdido en el voluminoso *Diccionario de Autores*, editado por la Universidad de Los Andes en 1974, este rarísimo Salustio, nacido en San Cristóbal, Táchira, en 1886, dos años antes que José Manuel Poveda y Ramón López Velarde, todos medidos en sus cunas provincianas por las canciones románticas, y lectores niños del gran Rubén Darío, que inundaría de luces el continente con el verso y la prosa de Azul. Dicho raro el Salustio, autor de piezas teatrales que llegaron a representarse -un mérito que muchos dramaturgos no consiguen en vida- y algunas de ellas con marcado éxito, como *Bolívar, el libertador*, *Naturaleza muerta* (que al comienzo de la Primera Guerra Mundial se estrenó en beneficio del actor Teófilo Leal), *Las sombras*, extenso drama en cuatro actos, cuya primera puesta ocurría en 1909 y otros cuya enumeración desviarían el curso de esta presentación. Vale la pena, sin embargo, consignar su copiosa labor periodística, en particular sus crónicas, críticas, y artículos enviadas desde Europa a Venezuela que llegaron a constituir algo parecido a una profesión. Su aporte principal fue la poesía. Con todo no fue hasta que Jesús Sanoja Hernández preparó su lujosa *Antología Poética* cuando tuvimos cierto conocimiento de este adelantado de la versificación venezolana.

Una docena de poemarios está representada en este volumen. Los tres primeros- *Caminos Noveles*, *Llamaradas Blancas* y *Las Cascadas Asesinas*- datan de 1907. Ese mismo año escribió otro que parece haberse esfumado, *Oros*, y también una carta en verso felizmente rescatada y de la que nos ocuparemos más adelante.

Pienso ahora que los experimentados lectores que recuerdan los nombres y el contenido de los libros aparecidos a principios de siglo en este hemisferio se asombrarán al leer estos títulos. Es culpa nuestra: no aclaramos que se trata de espectros, es decir de poemarios inéditos que únicamente la devoción y el amor filial conservaron más o menos intactos.

Es perfectamente comprensible que un adolescente que se dispone a estudiar ingeniería y no carece de tiempo libre escriba diarios, impresiones, aforismos, y aun versos. Pero no como estos

Hoy la tristeza usual de las Ruinas.  
Las vegas amarillas.

Lejanas, siluetas sencillas  
da Sauces.

Tarde con golondrinas.  
Ha pasado la martir acequia por juncos  
terribles.  
Horribles  
los profusos árboles hacen gestos truncos

ni como estos

Por la carretera,  
en su carro como un Angelus fuerte,  
una pasajera  
deja rodar el carro la silueta suerte.

.....

Ladridos de perros  
escarban el silencio desde la casa.

He preguntado por Salustio en Mérida y Caracas, antes y después de esta valiosa antología de Sanoja y no he hallado nada que pueda parecerse al fervor. Alberto Rodríguez, nuestro inteligente amigo, profesor de la prestigiosa Unoversidad de Los Andes, me hablaba de sus devaneos con el tirano Juan Vicente Gómez -figura siniestra en la historia de nuestra América- a quien dedicó algunas composiciones en los primeros tiempos y en cuyo cuerpo diplomático sirvió en París y Ginebra. Su experiencia europea le permitió consagrarse como atinado traductor de Francois Villon, Víctor Hugo, Apollinaire, Dante Gabriel Rosetti y su predilección por el juego de máscaras, el desdoblamiento, la evasión lo llevó a estructuras dialectos y lenguas en las que volcaba su escritura para después recrearlas en español. De estas dementes pesquisas no se escapó un idioma tan extraño a nosotros como el japonés antiguo donde dijo hallar piezas antológicas cuyas versiones entregaba como humilde trabajo de divulgación. No es un caso único. Pero es un caso.

Sin embargo, no es por su natural excéntrico, por su desconocimiento que nos interesa el antiguo alumno del colegio Santa María de Caracas, el fugitivo que vivió la mitad de su vida fuera de su país y del continente. Ya hemos citado imágenes de **Caminos noveles**. Veamos estas de **Llamaradas blancas**, surgidas el mismo año y ligeramente sombreadas por José Asunción Silva: "La luz madura/  
del carro, llega/ ciega, toda en determinados oscilamientos/ Como cascada,/ de un relincho, se oye la voz espada;/ y el carro trémulo, pasa/ por entre el Río, que se adelgaza./... O: los pasajes todos oscuros,/ los pinos viejos, los largos muros/ llenos de yerbas elásticas/ con el viento; voces fantásticas." Es un poemario con 'graves golondrinas' y silencios, con 'tardes obvias' y un voluntario retorcimiento del paisaje ("El volar lóbrego se agobia/ sobre un

árbol sin hojas que impasible retuerce el esquema"), con raíces modernistas, pero gozosamente partidario de la fiebre vanguardista, como vemos en esta página

En la noche pulida,  
llena de suspensivos claros, por las estrellas;  
sobre la extensión raída  
del Paisaje  
hora un reloj con voz de tisis  
y la Luna surge atención de visaje  
esperando una tremenda crisis.

Sanoja apunta, entre las influencias de la época, a Juan Ramón, Tagore, Lugones lo que no desmiente otras procedentes de la constante Francia ni disminuye la originalidad del adelantado González Rincones. Antes de continuar debemos revelar una característica del autor de "El crepúsculo amarillo", su cultivo y defensa de la pintura y en general de las artes plásticas, lo que no es difícil advertir en su obra literaria, más atenta al color, las líneas, los contornos que al contenido, más impresionista que expositiva. No puede hablarse, en este caso, de contradicciones entre el pintor y el poeta ni de una paulatina integración de preferencias como es el caso de nuestro Carlos Enríquez -porque Salustio abandonó sus dos amores a un tiempo cuando partió rumbo a Europa en 1910, no sin conflicto, mas sin ánimo para perseverar. Por entonces se entregó literalmente al teatro, con moderado éxito y cuando volvió a la poesía ocho años más tarde había perdido condiciones, como esos atletas que no caben en la camiseta del retorno, ni pueden el aire de las grandes distancias.

Volvamos a la carta de 1907. Fue escrita en Caracas y se publicó probablemente después de la muerte de su autor, de modo que también poco ejerció influencias en su momento. El título es de suyo atrayente: "Carta de Salustio para su mamá que estaba en Nueva York", comienza de este modo

Espezaba esta carta, el veintinueve de octubre.  
Desde anteayer no llueve.

Comienzo como es uso: mi querida mamá  
Bendición. ¿Cómo vamos de vida por allá?  
¿Has visto los jazmines pausados de la nieve?  
Porque aquí hace días que no llueve  
duro; porque con las garúas  
diarias tenemos suficiente. ¿Continúas  
bien de salud deseada y preciosa?  
¿y con las manos coloradas en rosa?

.....  
Te escribo antes de la comida

vegetal y monótona que mantiene mi vida.  
Dios no desampara jamás a sus criaturas:  
(sobre todo si comen nada más que verduras)

.....  
¿Has paseado? ¿Visto cinematógrafos?  
Oído a Caruso en los fonógrafos?  
(No es un rumor, o como dicen 'noise'  
tal suena en los 'His master's voice'  
de Spinetti)

Cuando se hace referencia al modernismo se piensa principalmente en Darío y hay la tendencia de navegar en las aguas ideales de Azul: en Salustio hay una arrancada modernista mas también un desarrollo, como lo hubo en el inmenso Rubén y en todos los jefes de escuela ("No hay Dios/ ni hijo de Dios sin desarrollo", escribió Vallejo que paso de la evolución a la revolución), recordemos que en ese año de gracia en que González Rincones pasaba a la mayoría de edad y escribía como un trastornado, lo que era, Darío daba a conocer uno de sus mejores poemarios El canto errante, con su "Momotombo", "Tutecotzimí", "La bailarina de los pies desnudos" -con esa carnal 'perla hundida del ombligo'- y, sobre todo con la espléndida y novedosa "Epístola", dirigida a la esposa del fuerte cantor argentino Leopoldo Lugones. Es un Darío todavía joven y ya viejo quien toca esa cuerda nueva y tensa ("En fin, convaleciente, llegué a nuestra ciudad/ de Buenos Aires, no sin haber escuchado/ a mister Root a bordo del Charleston sagrado... El temporal no deja que entren vapores. Y/ un yacht de lujo busca refugio en Porto-Pi"). El hijo de Solédad Rincones no capitanea ninguna escuela, no es todavía diplomático ni se cartea con señoras de bardos prominentes, mas no por eso ha de quedarse en la retaguardia de los epígonos ni enviará a su progenitora versitos dulcemente cursis ni deliberadamente detenidos en el balbuceo dadaísta de la primera infancia. El sabe poner los jazmines pausados de la nieve' junto a los cinematógrafos y los discos de Caruso, sabe también ironizar sin herir.

Las muchahas gobiernan por semanas.  
Siete días se levantan y miran las mañanas  
en el jardín tropezado de flores.  
Si las vieras: De todos los colores  
hay -Ya las enredaderas  
están tupidas ¡que verdes: si las vieras.  
Han comprado un gran saco de arroz.  
(Por teléfono no se oye aquella voz  
que pedía urgente: una libra remita  
al establecimiento llamado "Bodeguita"...)

Esperan un descenso y comprar una caja  
de jabón, ¡pero el jabón no baja:

Te digo: con ese jabón sano  
Wilbur Wright hubiera construido  
su aeroplano.  
(Te digo 'sano' porque gruesos letreros  
gritan: "Espumoso. Jamas produce uñeros").

Hay referencias a sus frustradas aspiraciones de pintor que no recibe premios ni estímulos y hace como que invoca a la posteridad -en la que no cree- y narraciones de sus incursiones y excursiones. Como casi toda epístola que un joven envía a su madre que pasea por una gran metrópoli, esta también contiene desembozadas peticiones

Te acuerdas de mi ropa, cuando ibas  
para el Norte? Ya se han roto las chivas:  
y el pantalón: el pobre de tanto remendar  
parece, de trasluz, un viejo palomar...  
cinco pesos gastar hube y aprisa.  
Mis zapatos están muriéndose de risa:

No podía faltar en una descarga tan desenfadada y moderna como esta las menciones a la Singer, esa antigua aspiración de las madres empeñadas en vestir -o al menos en cubrir- a la familia, el vibrador de masajes, la nutritiva bofatina, el casimir, todo lo que en definitiva cambia el ritmo del paisaje que persiste en sus símbolos ("Mucho rocío. Gallos cantando solos./ Los humos de los ranchos rezando sus tremolos."). Razón tiene Sanoja en elogiar esta carta perdida del frustrado y desconocido vástago de González Bones y en señalar que hasta la aparición, en el diario *El país*, de La Habana en 1925 de la carta en verso que Andrés Eloy Blanco dirigió a Udón Pérez, la poesía venezolana no se metió en tales audacias. Naturalmente, cuando Udón, el célebre vate maracucho, muerto un año después de publicada la carta, le servía al autor de "Angelitos negros" como receptor de sus ocurrencias, las garras y colmillos de las vanguardias nos asaltaban y quien más quien menos en el continente se preparaba a vertir su masa lírica en los moldes de la nueva poesía, no en vano han pasado casi dos décadas y otra promoción sube a la escena. Así pues, Salustio se lleva las palmas... aunque la ineditez frustra ese posible magisterio y todo se queda en el dominio neblinoso de las especulaciones.

Se ha señalado al recientemente desaparecido Aquiles Nazoa como un heredero lúcido de estos intentos de principios de siglo, esto está fuera de toda duda para quien haya leído la extensa y diversa obra de nuestro inolvidable amigo, sólo que Aquiles resultó ser, sí se nos permite la expresión, más integral.

En el autor de *Fábulas fresquecitas* ("Por estimar que el hombre era su hermano/  
un tigre se metió a vegetariano/ Y un cazador que supo la cuestión/ fácil  
muerte le dio con un tacón/ El vegetarianismo/ no siempre le hace bien al  
organismo") y Marilyn Monroe en *la Horgue* ("Ah, Marilyn, tu cruel América,/ tu

desdichada gran nación/ te ha destrozado entre sus manos/ como un paquete de pop-corn./ Y allí estás, pálida manzana/ bajo tu luna de neón.") hay una humanidad doliente que no renuncia a la lucha ni se deja abatir por los golpes del enemigo. Esa coraza ideológica, ese talismán que no puede ser hallado sino en nosotros mismos, le faltó a González Rincones, incapaz de luchar no ya por los demás ni siquiera por sus limitados derechos de individuo, de modo que, falta de asideros, se precipitó en la corriente de los proyectos malogrados y paseó por los espejos de la época su media imagen fugitiva y vibrante.

Entre todos los relatos que aspiran a iluminar su vida hay uno que nos estremece: Cuando parte rumbo a Barcelona en 1910 una señal desde el puente de mando de la nave. Alguien muere y su cadáver es arrojado, con todas las de la ley, a la hondura del mar. Salustio sostiene que el difunto 'no cayó en el mar sino en la noche', pues bien su regreso de 1933 no se cumple totalmente porque él muere en el transcurso del viaje y, aunque no fue arrojado a la voracidad de las aguas, su nombre y su obra se hundieron en una larga noche.

**La Alborada** fue una revista que consumió las energías de un grupo de jóvenes talentos venezolanos en el segundo lustro de este siglo. No disfrutó de larga vida, para ser fiel a la obra posterior de sus progenitores. Hay, también en esta redacción no remunerada, un literato prometedor que se quita la vida, Rafael Rangel, un cronista, historiador, biógrafo de sus integrantes, Henrique Soublette, un triunfador que rescata al grupo y su órgano del olvido, Rómulo Gallegos, y un poeta excepcional y desconocido, Salustio González Rincones. No se puede pedir más. Curioso destino este de las revistas literarias de breve existencia que casi nadie lee cuando aparecen con todos sus arreos, con ánimo de echar abajo el orden establecido, y únicamente trasponen las caprichosas puertas de la actualidad cuando sus páginas amarillean en los anaqueles del pasado. Por lo que concierne al crepuscular poeta de **La Alborada**, hemos tomado buena cuenta de lo que no publicó, mas ¿que logró dar a conocer en materia de poesía?

No mucho, aunque lo suficiente para fijar un nombre: **Trece sonetos con estrambote** (firmados por Otal Susi, uno de sus personajes, una de sus máscaras) París, 1922: **Siete Sonetos de Color**, París, 1928, **Viejo jazz**, París 1930. No hay mucho que decir de los **sonetos**. El poeta se perdió en una guerra absurda contra la mujer que borraba el rostro niño de Eros con su maligna sífilis, ese 'mal de conquistadores y mercaderes'. Navegante sin brújula, el desterrado de sí mismo intenta ganar el tiempo perdido con unos "Corridos sagrados y profanos" que fecha en París-1922, no exentos de gracia, pero tampoco abundantes en acierto. **Yerba santa**, pretende llevarnos a los orígenes, con leyendas de los antiguos habitantes de la Sierra Nevada de Mérida y con las acuciosas 'traducciones' que Salustio inventa. Aquí entra en acción el profesor Ottius Halz, erudito lleno de teorías que no vacila zurcir etimologías, mientras su 'traductor' nos dice con Voltaire que esta es 'una ciencia en donde las vocales no sirven para nada y las consonantes para muchísimo menos'. **Viejo jazz**, comienza con **El banjo**, una página del París que se limpia las heridas de

la Primera Guerra Mundial. Salustio se fija con mucho interés en esa música que es

Burbuja de Montmartre en el invierno  
Sin la flor del naranjo.

Fiel a su concepción del lenguaje, el jazz debe hablar principalmente en inglés, por eso aquí hay Dream y no sueño y los negros detrás de los instrumentos no evocan el Africa saqueada sino las tumultuosas calles de Nueva York. Mas también están los borrachos del trópico, el anticipo de poesía con negros vivos y rítmicos que representa en la Venezuela de entonces Sebucán

Y así preguntale  
Que me diga, guá:  
Cuando ante El estemos, mi zamba, de flor,  
Si esa mona con ojos azules  
El la cree más mona  
Y blanca que Tú:

y la nana, dedicada a su 'deseada y preciosa', su 'mite', su 'Malífica' Soledad Rincones, madre musa y corresponsal predilecta

Duermete, niño,  
Del Quiripití.  
Sácate los ojos;  
Dámelos a mí!

La página final de la antología, "Stridor", está dedicada a Mademoiselle Geneviève Gaillard, pero no es una canción niña como las de Martí y Darío sino compleja y carnada de ásperas resonancias

Tú que de negro metal rechinante te vi madrugácala:  
Máquina sola cantando tu humo en pos de la núbeste.  
Ténder cargado de fuego que rápido ruedas y súbete  
A aspid que pica del monte los senos con lengua  
dorádala:

No hemos tenido acceso a sus crónicas periodísticas, a su correspondencia, no conocemos una foto suya ni aspiramos a que un oleo, pintado por la mano de un colega desinteresado, nos revele la clave de su personalidad. Además, no hace falta. Con todas sus brumas este es un autor transparente, con todos sus retorcimientos se le ve la estatura modesta y suficiente, en este caso no se trata de un héroe sino de un desventurado que no pudo vivir de la poesía y no se atrevió a consagrarse a ella, uno de tantos que lo intentó todo y logró sobrevivir en la diplomacia -no al servicio de una causa justa sino de un régimen execrable- y el periodismo que, por lo que sabemos, enturbió con sus

especulaciones y conjeturas, con sus imágenes ingeniosas y sus acontecimientos inventados. Uno de tantos. Pero uno que tuvo en su momento la luz y el fuego en sus manos y se apagó con esos dones en la noche marítima y solitaria de su muerte.